

## 4 meses, 3 semanas y 2 días (2007)

### Un aborto

Por Alberto Bernabé Sáez

Por no resultar típico, traté por todos los medios evitar titular a esta crítica como finalmente ha sido. Lo rechacé para evitar el recurso fácil, la lapidación indiscriminada y, además, injustificada; porque si no nos quedamos en lo superficial de la palabra, en lo peyorativo, e indagamos en todo el significado de la misma, difícilmente alguna otra podría definir tan bien “4 meses, 3 semanas y 2 días”. Lo que pudo ser y lo que ha sido.

Encubrada por el éxito de crítica en los festivales de cine europeo con la Palma de Oro como máximo exponente, el metraje de Cristian Mungiu nos traslada a los últimos años del comunismo en su Rumanía natal, donde el drama del aborto clandestino acechando a una pareja de universitarias como hilo narrativo sirve de ruta turística de la antigua república soviética.

Quizá a sabiendas de tocar uno de esos polémicos temas de ayer y hoy, se tiñe la imagen de un cuidado tono neutro, dejando en manos del espectador su posición al respecto con un estilo neorrealista, casi documental, pero sin perder la distancia. Resulta imposible no tener la sensación de estar allí como uno más, soportando la embarazosa y tensa calma. Viviendo las sensaciones que muestra un reparto tan desconocido como capaz de mostrar una radiografía de la sociedad rumana de la época en las más cotidianas situaciones. Lo hace con un ritmo lento, engañando al contar unas horas como un aparente tiempo real, con el silencio acompañando a planos infinitos que intrigan más con lo que ocultan que con lo que muestran, propios de alguien con toda la cercanía de ver la realidad pero no poder tocarla. Casi como una cámara oculta que mira, enseña, pero que a la vez no se deja ver, dejando salir a la luz una naturalidad impropia del cine narrativo habitual.

Tan natural que cuenta con todo lo bueno y lo malo del mundo real. Si el tiempo es su principal arma para transmitir, también provoca una hemorragia de aburrimiento cuando te obliga a ver la vida pasar mirando la pared por mucho que el pasar de los días la haga mejorar en la memoria. Acercando al drama como si de uno mismo se tratase, pero alejándose tanto del cine que algunos minutos se hacen interminables. Todo resulta tan real que, para ver el mundo, mejor vivirlo cada día.

Las ideas rompedoras mejoran con el paso de los minutos si es que no miramos el reloj. A falta de una sucesión de acontecimientos que permita divertir con un drama al más puro estilo Hollywood, las buenas intenciones y las acertadas elecciones en el tratamiento quedan manchadas, nunca borradas, por un metraje que, si bien es corto, se antoja excesivo. El resultado es un amago de lágrima que nunca termina de serlo; como interrumpir un embarazo o, lo que es lo mismo, un aborto.